

bam
bú

Como un
galgo

Roddy Doyle



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *A Greyhound of a Girl*

© 2011, del texto, Roddy Doyle
© 2012, de la traducción, Roser Vilagrassa Sentís
© 2012, de esta edición, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Diseño de la cubierta: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2012
ISBN: 978-84-8343-211-2
Depósito legal: B-13675-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Mary	7
1	9
2	17
3	22
4	32
Tansey	39
5	48
Emer	56
6	63
Scarlett	67
7	76
Emer	83
8	88

Scarlett	96
9	109
Emer	116
10	117
Tansey	123
11	126
12	131
13	137
14	146
15	157
16	164
17	169



Mary odiaba el hospital. Odiaba pasear por allí. Lo odiaba todo.

Salvo una cosa. Su abuela.

Odiaba el hospital, pero quería mucho a su abuela.



Mary O'Hara iba andando por su calle, de camino a casa, donde vivía con sus padres y hermanos. El autobús de la escuela la había dejado en una esquina, al pie de la colina. La calle era larga, recta y bastante empinada, y a ambos lados crecían unos castaños enormes y añosos. Aunque llovía, Mary no se estaba mojando demasiado, pues las hojas y las ramas de los árboles formaban una especie de techo. De todas maneras, eso de la lluvia y de mojarse eran cosas que preocupaban a los mayores, y no a ella... ni a nadie por debajo de los veintiún años. Mary tenía doce. Tendría doce años durante los ocho meses siguientes. Después se convertiría en una adolescente... aunque ya se sentía como tal.

Regresaba a casa a la misma hora casi todos los días, y solía volver con su mejor amiga, Ava. Pero aquel día era distinto, porque Ava no la acompañaba. El día antes, esta se había mudado con su familia a otro barrio de Dublín.

Aquel día, los vecinos que miraron por la ventana vieron pasar a Mary sola. Por supuesto, estaban al corriente de todo. Eran de esos que disfrutaban figoneando por la ventana. Habían visto el camión de las mudanzas frente a la casa de Ava. Habían visto a Mary y Ava darse un abrazo, y habían visto a Ava subirse a su coche, que luego siguió al camión. Y al alejarse el vehículo por la calle, habían visto a Mary decirle adiós con la mano, y luego entrar corriendo en su casa. Puede que hasta oyeran el golpe que dio la puerta al cerrarse. Puede que oyeran las patadas de Mary al subir las escaleras corriendo, y el gruñir de los muelles del colchón cuando se dejó caer de bruces sobre la cama, pero seguramente no la oyeron llorar, y está claro que no oyeron el ruido más leve de los muelles de la cama, que sonó al poco rato, cuando Mary notó que, pese al desconsuelo que sentía, también tenía un hambre canina. Así que se levantó y bajó a la cocina y comió hasta más no poder.

De modo que aquel día, Mary subía la colina sola. Estaba a punto de llegar a su casa, pero antes tenía que pasar frente a otras. Al pasar bajo un hueco que había entre dos árboles, la lluvia la mojó, pero ni siquiera se dio cuenta... o le dio igual.

En una ocasión, alguien le había contado que cuando a una persona le cortaban una pierna, seguía notándola mucho después de haberla perdido. Cuando le picaba y se disponía a rascarse, entonces recordaba que no tenía pierna. De este modo se sentía Mary. Tenía la sensación de que Ava la acompañaba de vuelta a casa. Sabía que no era así, pero de todos modos a cada rato miraba a su lado... y eso era peor.

Mary sabía perfectamente que Ava estaba en otro barrio de Dublín, a solo siete kilómetros de allí. Pero si hubiera estado actuando en una película o en una obra de teatro y le hubieran dicho que tenía que llorar, habría pensado en Ava, y no le habría costado. Estar enfadada y demostrarlo también habría sido fácil. Mary no entendía por qué la gente cambiaba de casa. Era una estupidez. Y tampoco entendía por qué, al preguntar a sus padres –a los de Ava– si una amiga (Ava) podía quedarse a vivir con la otra (Mary) en vez de mudarse, se habían negado.

–Si se queda con nosotros no tendréis que alimentarla –le había dicho Mary a la madre de Ava el día antes del traslado–. Os ahorraréis un montón de dinero.

–No.

–Sobre todo con la recesión y todo eso.

–No.

–Pero ¿por qué? –preguntó Ava.

–Porque eres nuestra hija y te queremos.

–Entonces haz un sacrificio y deja que se quede –dijo Mary–. Si la quieres de verdad. Esto no tiene ninguna gracia.

–Ya lo sé –dijo la madre de Ava–. Pero es que es tan gracioso...

Y estas eran precisamente las estupideces que decían los mayores. Veían a dos amigas del alma que no querían separarse, que preferían morir antes que separarse..., y decían que les parecía gracioso.

–Y las guerras y las hambrunas también te parecerán graciosas, ¿no? –le soltó Mary.

–Eso que has dicho no es muy agradable que digamos, Mary –respondió la madre de Ava.

–Me da igual.

Mary se plantó frente a la puerta principal de la casa de Ava. Luego intentó cerrarla de un portazo, pero no pudo, porque en el recibidor había una alfombra gruesa que, al parecer, obstruía la puerta. Así que, en vez de dar un portazo, imitó el sonido, gritando:

–¡Pam!

Y se marchó echando chispas a su casa, donde fue más fácil dar un portazo.

–Llueve que da gusto.

Mary había oído una voz, pero no veía a nadie. Estaba sola en la calle, enfrente de su casa.

Entonces vio a la mujer.

Mary pensó que seguramente había salido de detrás de los árboles.

Era una mujer vieja... o no, en realidad no lo era. Entonces se dio cuenta de por qué parecía vieja. Iba anticuada. Llevaba un vestido que parecía haber salido de una película antigua, de esas con las que su madre siempre lloraba. Tenía el aspecto de una de esas mujeres que ordeñan vacas y avientan heno con una horquilla. Incluso llevaba unas botas enormes con cordones gruesos.

En ese momento, un pájaro debió de espantarse y echar a volar, porque las hojas de los árboles se movieron, y les cayó un montón de agua en la cabeza. Mary se rió: ahora sí que había notado las gotas. Pero aquella mujer vieja no pareció notarlo. De hecho, ni siquiera estaba mojada, pero...

–Desde luego, llueve que da gusto –repitió la mujer–. Supongo que te habrás llevado a casa hartos deberes.

–Lo normal –dijo Mary.

–¿Qué es lo normal cuando te los llevas a casa?

Mary volvió a reírse: aquella mujer hablaba como su abuela. Pero al pensar en ella se puso triste y volvió a enfadarse. Estaba a punto de echarse a llorar... o eso creía.

–¿Qué te pasa? –le preguntó la mujer.

–Mi abuela está enferma –dijo Mary.

–Ya lo sé.

–Si ya lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

–Desde luego, eres descocada.

–¿Qué significa eso?

–Que eres descarada.

–Me lo dice todo el mundo. Que soy descarada. Pero no lo soy. Solo soy sincera.

–Bien hecho.

Mary volvió a mirar a la mujer. Lo cierto era que ni siquiera era vieja. Parecía más joven que su madre, aunque era difícil saber qué edad tenía un adulto. Mary estaba segura de que nunca había visto a aquella mujer.

Siempre le habían dicho que no hablara con desconocidos.

–Pero eso es una tontería –le respondió a su madre una vez que se lo dijo, hacía unos años.

–¿Por qué es una tontería?

–¿Tú conocías a papá la primera vez que os visteis? –le preguntó Mary.

–No.

–Pues era un desconocido.

–Pero...

–Y hablaste con él. Así que, si nadie hablara con desconocidos, nadie se conocería ni se casaría, y la especie humana se extinguiría.

–Es que tu padre no era nada extraño.

–Sí que lo era. Tenía que serlo.

–Me refiero a que no era una persona extraña –le explicó su madre–. Era simpático.

–¿Simpático? –repitió Mary–. Los simpáticos son de los que hay que desconfiar.

Su madre se rió, y ella le preguntó:

–¿Qué te parece tan gracioso?

–¿Quién te ha dicho eso?

–La abuela.

–Me lo imaginaba. Bueno, pues no le hagas caso.

–No hables con desconocidos, no le hagas caso a la abuela... Al final, no podré hablar con nadie.

–Tú ya sabes qué quiero decir.

–¿Sobre los desconocidos?

–Sí.

–No te preocupes, mamá. No hablaré con nadie.

Sin embargo, en aquel momento lo estaba haciendo.

–¿De qué conoce a mi abuela? –le preguntó a la mujer.

–Bueno, simplemente la conozco. –La mujer dio un paso atrás y resplandeció, como si de pronto la hubiera cubierto una lámina de plástico transparente–. Así es la vida –añadió y sonrió, volviendo a adoptar un aspecto sólido.

Pero a Mary le dio un poco de miedo y de frío.

–Tengo que irme –anunció.

–De acuerdo.

Aun así, la mujer no se apartó. Ni siquiera se movió. Sin embargo, de algún modo tenía que haberlo hecho, porque ya no estaba delante de Mary.

Mary se dirigió apresuradamente hacia la verja de su casa. Tras ella, oía los pasos de la mujer, que la seguía.

–Hazme un favor, ¿sí, Mary?

Mary se dio la vuelta.

–Dile a tu abuela que será magnífico –le pidió la mujer, que aún tenía una sonrisa en los labios.

–¿Cómo sabe que me llamo así?

–Bueno, es que la mitad de las niñas irlandesas se llaman Mary.

–Eso no es verdad. Yo soy la única en mi calle.

–Bueno, en mi época todas se llamaban Mary... Anda, vete. Te veré otro día.

¿Otro día? Mary tendría que haberse preocupado, asustado incluso. Y, de hecho, se quedó preocupada, y hasta se asustó un poco, pero no tanto como esperaba. Aquella mujer había aparecido de la nada. Sabía cómo se llamaba y lo que le pasaba a su abuela... Mary tendría que estar muerta de miedo, pero no lo estaba. Había algo en aquella mujer, en su forma de hablar, en su rostro, en su sonrisa..., había algo familiar. Mary no la conocía, pero ella sí.

Y aunque no estaba muerta de miedo, echó a correr hasta la puerta de casa, y llamó en vez de abrir con la llave que guardaba en la mochila de la escuela. Mientras llamaba, se volvió para mirar, pero la mujer ya se había ido.

Oyó la puerta abrirse.

–¡Mary!

Era su madre.